

OLIVENZA Y SU COMARCA ANTE EL QUINTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

En el Portugal de finales del siglo XV y primer tercio del XVI nos encontramos con un personaje cuya biografía está aún por escribir: la del franciscano Fray Henrique Soares, natural de Coimbra, cuyos restos mortales reposan en Olivenza.

En la vida de este hombre el Destino parece desviarle con mano imperiosa de una vocación de soledad y apartamiento del mundo. Juez de uno de los más importantes Tribunales de la Corte portuguesa, La Casa da Suplicação, sabe Dios qué desengaños le hicieron ingresar, como novicio, en el Convento de San Francisco de Alemquer. Por esas mismas fechas, en Setúbal, la que fuera ama de leche del Rey Don Manuel sufraga la construcción del monasterio y convento de Jesús, siendo Fray Henrique llamado por confesor de las monjas del recién fundado convento. El Rey Don Manuel, que lo visita a menudo, repara en las cualidades del franciscano. Estamos en 1495. Mientras Castilla abre el camino hacia las Indias por Occidente, con el viaje del Almirante Colón, Portugal, doblado ya el cabo de la Buena Esperanza, se prepara bajo el mando del capitán Vasco da Gama para arribar a esas mismas Indias por Oriente. En agosto de 1499 regresa Vasco da Gama de su primer viaje triunfal y en marzo del año 1500 parte ya una nueva escuadra para un segundo viaje. Como máximo responsable de la evangelización de las nuevas tierras, el Rey Don Manuel nombró a Fray Henrique Soares. ¡Las clarisas de Setúbal se quedaron sin confesor!

Es en ese segundo viaje con destino a la India, que comanda Pedro Álvares Cabral, cuando los portugueses - ¿descubrimiento o encubrimiento...?- hoyan las arenas de lo que más adelante se llamará Brasil. Portugal y Castilla, inquilinos del solar ibérico, pasan a compartir así al otro lado del Atlántico un vasto espacio cuyas respectivas áreas de influencia delimitará el meridiano de Tordesillas.

Fue Fray Henrique Soares el primero en rezar una misa en tierras brasileñas, momento que plasmó la rústica pluma de Pero Vaz de Caminha en su célebre *Carta*, e imaginó el pintor Meirelles en su cuadro que cuelga en el Museo Nacional de Bellas Artes de Río Janeiro. Fray Henrique, con parte de la armada, pone rumbo al Cabo de la Buena Esperanza, donde una súbita tempestad hunde

cuatro naves y desarbola una quinta. Mozambique, Quiloa, Melinda, Angediva ... fueron muchos los marineros que perdieron la vida en la travesía del Indico. También estuvo a punto de perderla nuestro franciscano, en un embarque de emergencia que los de Cabral se vieron obligados a realizar en Calcuta. Tres de sus compañeros murieron. Fray Henrique recibió graves heridas en la espalda. De regreso a Lisboa, el Rey Don Manuel le nombra su confesor, cargo de confianza que sobrepasaba muchas veces los asuntos de conciencia para abarcar los de política. No extraña, por eso, que Fray Henrique fuera nombrado embajador real, primero junto a la Corte de Inglaterra, más tarde junto a los Reyes Católicos y el cardenal Cisneros. Por este motivo el franciscano hubo de viajar a Londres, Roma, Granada, Segovia ... Traía entre manos un proyecto de envergadura: nada menos que fraguar una gran alianza para rescatar Tierra Santa de las garras del Sultán de Egipto. En 1506, Fray Henrique firma ya sus cartas añadiendo *electus Septensis*, es decir, obispo electo de la Diócesis de Ceuta.

Como este enclave portugués en el estrecho de Gibraltar carece prácticamente de territorio del que sustentarse, Fray Henrique obtiene de Roma autorización para que, en la península, Olivenza, Ouguela y Campo Maior, con sus respectivos términos, pasen a constituir el territorio de su Obispado. ¿Siente Fray Henrique nostalgia del convento de Setúbal?. Lo cierto es que, a fin de dar a su Silla la dignidad merecida, busca y obtiene los apoyos del Marqués de Ferreira y el pueblo de Olivenza para erigir un gran templo bajo la advocación de María Magdalena. Templo que, con creces, superará a su modelo: el Jesús de Setúbal. Los artífices del famoso monasterio de los Jerónimos, en Lisboa, se afanan ahora en la iglesia de Santa María Magdalena de Olivenza. Ese hombre que ha viajado por Europa, que ha conocido tantas tierras y gentes, nobles y príncipes, paganos de uno y otro hemisferio, ese hombre que ha oído en confesión al Rey, cuya retina guarda el recuerdo de naufragios y *descobertas*, olas de tantos mares y océanos, paisajes de tres continentes, lo vemos pasar el fin de sus días en una tierra del interior alentejano, junto a la frontera de Badajoz, en un modesto palacio cuyos contrafuertes y muros maestros, en el Paseo del Obispo, aún conserva Olivenza. Allí le sorprende la muerte: 14 de septiembre de 1532. Allí está enterrado, en su iglesia de la Magdalena, cordón franciscano y cordero episcopal esculpidos en mármol. Sin Fray Henrique de Coimbra, sin el Obispado de Ceuta que él constituyó, Olivenza no tendría hoy, a buen seguro, esa joya de arte manuelino que es la Iglesia de la Magdalena, cuyas columnas salomónicas evocan las gruesas maromas y cordajes de la marinería.

Nacida castellana y dependiente del Concejo y Obispado de Badajoz a finales del siglo XIII, Olivenza pasó a ser por obra y gracia del Rey D. Dinís un

enclave portugués en la margen izquierda del Guadiana, una amenaza permanente sobre el flanco sur del castillo de Badajoz. Fueron muchas las ocasiones en las que el Reino intentó quitarse esa pequeña pero molesta espina del costado: en las luchas que precedieron a la batalla del Salado (1337), en los años turbulentos que siguen a la revolución de 1385, en las Guerras de Restauración, de 1640 al 68, en fin, en la Guerra de Sucesión española (1709). No hay siglo en el que falte tentativa de reconquistar Olivenza. Un extremeño (Manuel Godoy), una fecha (mayo de 1801), un mote jocoso (*Guerra de las Naranjas*), y Olivenza, después de cinco siglos, vuelve a quedar del lado de acá del Guadiana. España a un lado, Portugal al otro. Agua por medio bajo los rotos arcos del puente de Ajuda.

¿Qué hacer para castellanizar a esa villa de la nación vecina, celosa de sus privilegios, con asiento en Cortes, mimada por los monarcas lusos durante cinco fecundos siglos...? La primera solución que surge es anexionarla al partido y corregimiento de Badajoz. Pero el Ayuntamiento de Olivenza, fresca aún la memoria de su pasado realengo, de su autonomía, consigue rechazar esta absorción por la capital de la provincia, de la que le separan apenas 24 km. La solución preconizada por el liberalismo, de la mano de Javier de Burgos, será más sutil y política. Un aristócrata extremeño, cronista de las glorias regionales, escribió al respecto: "Para formarle un partido se le dio una corte de pueblos extremeños que deberían imponer sobre la lusitana ciudad la aclimatación a la reciedumbre regional; pero su encanto poético fue tan fuerte que matizó el territorio, sin perder su extremeñismo, del ensueño tierno y nostálgico de las saudades. Eso es realmente el conjunto de pueblos de la jurisdicción de Olivenza: la corte extremeña de una ciudad portuguesa".

Más que resultado de un proceso histórico natural, la comarca de Olivenza se nos presenta pues como resultado administrativo y solución política, asimilación forzada de un territorio que se mantuvo durante cinco siglos por delante de lo que debía ser límite funcional entre Portugal y España: el río Guadiana. Mirando hacia atrás - sin ira - las relaciones entre la entonces villa portuguesa de Olivenza y los hoy pueblos de su comarca no pudieron ser peores. Valverde de Leganés, Higuera de Vargas, Alconchel, Almendral, Villanueva del Fresno, Cheles ... conocieron el furor, la devastación, el saqueo y la muerte a manos de las guarniciones oliventinas, en las múltiples guerras que jalonan las relaciones luso-españolas durante la Edad Moderna. Hostilidad y enfrentamiento: arrogante y soberbia se alza la torre del Homenaje del castillo oliventino. Celoso y vigilante se alza, en su cerro, el castillo de Alconchel. Higuera de Vargas conserva en parte el suyo. Del de Villanueva y la Gineta, apenas los

restos se adivinan...

¡Y qué pluralidad de jurisdicciones, qué divergencia de dominios, en esa pequeña cohorte de pueblos extremeños de la que se rodeó al otrora enclave portugués de Olivenza!. Torre de Miguel Sesmero fue señorío de los Duques de Feria. Almendral, señorío de los obispos de Badajoz, acabó en manos de la Casa de Feria. Valverde, aldea dependiente del Obispado de Badajoz, vio enajenado su señorío en el siglo XVII al Marqués de Leganés. El señorío de Higuera de Vargas, concedido en 1390 a Alonso Fernández de Vargas, acabó incorporándose al Ducado de Fernán-Núñez. Táliga, hasta 1801 aldea de Olivenza, se constituyó en municipio independiente en 1850. Alconchel, portuguesa hasta 1264, vuelve a manos portuguesas en 1455, perteneciendo como villa de señorío primero al maestro Gutiérrez de Sotomayor, después a los Zúñigas y, en 1960 a la marquesa de San Juan de Piedras Albas. Villanueva del Fresno, por su parte, primero aldea de Alconchel, fue donada en el siglo XIV en señorío a la familia Portocarrero. A comienzos del siglo XIX pertenecía al Conde de Montijo. ¿Cabe mayor pluralidad de instituciones y regímenes jurídicos en una misma comarca...?

La antropología y la geografía humana, sin embargo, nos aportan la unidad ausente de ese discurrir histórico, tan diverso, de los pueblos de Olivenza y su comarca. Campean diferentes escudos nobiliarios a uno y otro lado de la Raya, diferentes banderas. Pero los hombres que viven en ese territorio hablan lenguas muy semejantes y rezan a un mismo Dios, construyen sus casas de la misma manera, siembran sus trigos en la misma época del año, llevan sus marranos para el engorde a la montanera todos los otoños, recogen sus aceitunas todos los inviernos, y aventan sus mieses todos los veranos. El relieve, la topografía, el clima, los suelos ... moldean el ecosistema agrosilvopastoril de la dehesa, con su correspondiente economía y sus inconfundibles tipos humanos. ¿Alentejo, Extremadura, España, Portugal ...? Son más las afinidades que las diferencias, cuando lo que se pretende captar en el pasado son los ritmos de larga duración, más que las coyunturas, la intrahistoria del vivir cotidiano, el acumulado sudor de las generaciones, de los hombres y mujeres anónimos en su diario laborar.

Pese a ello, este rincón fronterizo del Suroeste peninsular ha dado también hombres, con nombres y apellidos, a la Ciencia, las Letras y las Artes. Bástenos citar al insigne Naharro, políglota de azarosa vida natural de la Torre, a quien todos reconocen como padre de la preceptiva dramática del Renacimiento; al ignorado teórico y músico oliventino Vicente el Lusitano, andariego también por la Europa del XVI; al jurista Díaz Brito, presente en la toponimia urbana de Olivenza y Badajoz. En nuestros días, nombres como los del

poeta Manuel Pacheco, el novelista Bernardo Víctor Carande, el pintor Juan Barjola o el matemático Francisco Vera - recién rescatado del olvido - tienen que reclamarse vinculados a esta comarca, a despecho del menosprecio con que, en tantas ocasiones, los extremeños tratamos a los mejores de los nuestros, en vez de mimarlos y acariñarlos.

¿Cuál puede o debe ser entonces el significado de la presencia de esta variopinta comarca de Olivenza en esta Exposición Universal de Sevilla, dedicada a conmemorar monográficamente la Era de los Descubrimientos?

Dirán algunos que, en rigor, Olivenza no tiene nada que conmemorar en el 92, pues cinco siglos atrás era portuguesa. Siguiendo esta lógica *rigurosa*, Olivenza debería estar presente en el pabellón portugués. La participación de los oliventinos en la Era de los Descubrimientos se hizo bajo bandera portuguesa y tiene rasgos específicos que la diferencian por completo de la participación extremeña. Un tanto abusivamente, se han incluido las tres Olivenzas que existen en el Brasil dentro del atlas de topónimos extremeños en América, olvidando que hasta 1801 Olivenza no formó parte de Extremadura. Olivenza, donde campean las esferas armilares, no puede enarbolar orgullosa el nombre de ningún Pizarro, Cortés, Orellana, Balboa o Valdivia, debiendo vindicar en cambio el nombre de Fray Henrique de Coimbra, que los mismos portugueses tienen en el olvido, o el de ese jesuita que misionó en Etiopía, natural de Olivenza, el Padre Manuel Fernandes, o el de aquel otro que llegó a ser Arzobispo de Goa, Don Vicente da Fonseca... La India, el cono sur de África, Brasil, fueron los espacios donde se proyectó la colonización portuguesa, única que *en rigor*, Olivenza podría conmemorar. Pero si Olivenza no puede, en rigor, participar en las conmemoraciones del Descubrimiento español de América, porque entonces era portuguesa, tampoco puede participar en la conmemoración de los descubrimientos portugueses, porque en la actualidad es española...

Lo que parece constituir una irónica adversidad, o una paradoja de la Historia, que hace y deshace, teje y desteje, como las manos de Penélope, constituye en realidad una ventajosa situación de privilegio a la hora de recordar e insistir en el carácter plural de los Descubrimientos. Gesta peninsular, ibérica, hispano-portuguesa: nunca exclusivamente española, como parece querer presentárnosla cierto discurso insidioso, teñido de barato chauvinismo. El viaje de Colón debe ser un hecho a inscribir en su correspondiente contexto histórico, la Europa renacentista, escenario de una serie concatenada de progresos científicos que, a su vez, influyeron en el campo de la técnica y la navegación,

conectados a su vez con fenómenos demográficos, políticos, comerciales y religiosos. España y Portugal fueron los dos jóvenes estados europeos de mayor protagonismo en la Era Descubridora. España y Portugal, estados peninsulares, portadores de una civilización de inconfundible cuño, la civilización ibérica definida admirablemente por Oliveira Martins, plasmada en el subcontinente americano cual si de otra península se tratara. Méjico, Argentina, Venezuela, Chile ... pero también Brasil, Guinea, Mozambique, la India. Cristóbal Colón, pero también Bartolomé Dias, Diogo Cão, Vasco da Gama, Álvares Cabral.

Es con este espíritu de integración, superador de pasados nacionalismos y enfrentamientos, que la portuguesa Olivenza, con su corte de pueblos extremeños, acude a la cita universal de Sevilla: para recordar y reivindicar el genio peninsular. Nadie mejor que el novelista José Saramago ha metaforizado en su novela *A jangada de pedra* - la balsa de piedra - ese viaje común que españoles y portugueses, desgajados ya del todo europeo, debemos realizar al encuentro del mosaico y el espejo nuestro que constituyen los pueblos de Iberoamérica. Este es, a nuestro entender, el gran objetivo olvidado del 92, una ocasión única e irrepetible para superar esa especie de divorcio moral que desde 1640, si no antes, frustra el pleno entendimiento entre españoles y portugueses. El 92 no debería quedar reducido a una gran fiesta de *aggiornamento* con dimensión exclusivamente española. Olivenza, que es Extremadura, y es España, por su presente, por el inequívoco sentir nacional de sus habitantes, pero sin dejar de ser Portugal por su raíz, por su pasado, aspira a representar por ello, y no solo aquí en Sevilla, un lugar de encuentro entre dos partes separadas de un mismo todo: España y Portugal, la Civilización Ibérica.

Al igual que las dos mitades del derruido puente de Ajuda se unirán en breve sobre las aguas del Guadiana fronterizo, España y Portugal caminarán también, sin confundir sus respectivas individualidades, hacia un futuro de entendimiento, mayor comunión espiritual y superación de las fronteras como obstáculos a la comunicación entre los hombres, hacia un mundo casi tan ancho y nuevo como el que descubrieron las pupilas de Fray Henrique de Coimbra al poner pie por vez primera en las vírgenes playas del Brasil.